

La guerra justa y el fin de la historieta (un manifiesto neomoderno)

Por Carlos Escudé

Investigador Principal del CONICET y
Director del Centro de Estudios Internacionales y de
Educación para la Globalización (CEIEG),
Universidad del CEMA, Buenos Aires.

RESUMEN

Si todas las culturas son moralmente equivalentes, entonces todos los individuos no estamos esencialmente dotados de los mismos derechos humanos, porque hay culturas que adjudican a algunos hombres más derechos que a otros hombres y mujeres. Si por el contrario todos los individuos poseemos los mismos derechos, entonces todas las culturas no son moralmente equivalentes, porque hay culturas que no reconocen, ni siquiera en principio, la vigencia de esos derechos universales. Las dos afirmaciones son contradictorias y no pueden ser ambas verdaderas. Más aún, existe un conflicto natural entre ellas, conducente a choques entre civilizaciones y al interior de las mismas. El relativismo se enfrentará al evolucionismo y la teocracia jerárquica confrontará con el republicanismo secularizado. Este ensayo toma partido y postula que la superioridad cultural puede afirmarse en dos niveles diferentes: moral y epistemológico. Una cultura que reconoce un conjunto universal de derechos humanos es superior a una que los niega, aunque frecuentemente se desvíe de su cumplimiento. Una cultura capaz de penetrar en la naturaleza elevando la esperanza de vida, es superior a una que no cultiva esa ciencia. Finalmente, librar guerras para defender una cultura superior es un imperativo categórico.

ABSTRACT

If all cultures are morally equivalent, then all individuals are not essentially endowed with the same human rights, because some cultures award some men more rights than are allotted to other men and women. If, on the other hand, all men and women are endowed with the same human rights, then all cultures are not morally equivalent, because cultures that acknowledge that "all men are created equal" are ethically superior to those that do not. These two statements are mutually contradictory and cannot both be true. Moreover, there is a natural conflict between them, leading to inevitable intra and inter-civilizational clashes. Relativism will confront evolutionism and hierarchical theocracy will confront secularized republicanism. This essay takes sides and argues that cultural superiority can be asserted on two different levels: moral and epistemological. A culture that acknowledges a set of universal human rights is superior to one that does not, even if it often deviates from these very norms. A culture capable of delving into nature increasing life expectancy through scientific discovery is superior to one that cannot. Furthermore, waging war to defend a superior culture is a moral imperative.

NOTA: Las opiniones expresadas en este trabajo son del autor y no necesariamente reflejan las de la Universidad del CEMA.

La guerra justa y el fin de la historieta (un manifiesto neomoderno)

Por Carlos Escudé*

El sueño de la razón produce monstruos
(Francisco de Goya y Lucientes, Capricho N° 43)

La disyuntiva neomoderna

La humanidad neomoderna enfrenta un enorme desafío. Debe resolver un dilema que no desea reconocer. Si todas las culturas son moralmente equivalentes, entonces todos los individuos no estamos dotados de los mismos derechos humanos, porque hay culturas que adjudican a algunos hombres más derechos que a otros hombres y mujeres. Si por el contrario todos los individuos poseemos los mismos derechos, entonces todas las culturas no son moralmente equivalentes, porque hay culturas que no reconocen, ni siquiera en principio, la vigencia de esos derechos universales. Los intelectuales adeptos a la “corrección política” convencional prefieren optar por el camino fácil, afirmando simultáneamente que todos poseemos los mismos derechos y que todas las culturas son moralmente equivalentes.

Pero las dos afirmaciones son contradictorias. Lo que puede llamarse “la matriz cultural liberal-secular” de Occidente¹ (de aquí en más, la Matriz) afirma que existen derechos y obligaciones individuales que pertenecen a la humanidad como tal. Si esto es cierto, lo opuesto no puede serlo. Si aceptamos la validez de la afirmación opuesta, en algún lugar, en cualquier momento, entonces lo anterior no puede ser una verdad universal, y los susodichos derechos y obligaciones no pertenecen a la humanidad como un todo.

* Este ensayo es una versión corregida del que publiqué en la antología de Fernando López Álves y Daniel Dessein, *Siete Escenarios para el Siglo XXI* (Buenos Aires: Sudamericana 2004). Agradezco a Ira Straus, David Sheinin (Trent University), Marisa González de Oleaga (UNED, Madrid), Beatriz Gurevich (CEIEG/UCEMA) y a mi mujer, Mónica Vilgré La Madrid, sus cuidadosas lecturas del manuscrito. Mi deuda principal, sin embargo, es hacia David Sheinin, quien me nominó para el Ashley Fellowship, y hacia Trent University, por su generosa invitación a pasar dos meses en Ontario investigando, escribiendo e impartiendo algunas charlas. Este ensayo fue en gran medida el fruto de su hospitalidad.

¹ Cuando caracterizamos a Occidente como una civilización secularizada, no queremos decir que sus integrantes no son religiosos, sino que su derecho y su ciencia no se derivan de las Escrituras.

Las alternativas lógicas restantes son proposiciones totalitarias basadas en la supuesta superioridad o derecho a dominar de una categoría de seres humanos, ancladas en la raza, el sexo o la religión. Descartadas éstas, debemos dar por válida la primera afirmación (en adelante Proposición A) o la segunda (Proposición B). La difusa lógica que pretende que ambas afirmaciones sean válidas equivale a suponer que $2 + 2 = 5$. Y esta es una conclusión que está más allá del relativismo y la construcción social.

Con este sencillo ejercicio hemos demostrado que existe tal cosa como una verdad universal objetiva que puede ser descubierta por la mente humana. Al hacerlo, hemos refutado las pretensiones “postmodernas” en sentido contrario.² Y también hemos demostrado casi matemáticamente que existe un estado de “conflicto natural” entre ambas proposiciones. Argüiré que Occidente no libra una guerra contra el “terrorismo”, como dice el gobierno de los Estados Unidos, porque (como gusta recordarnos Naom Chomsky³) el terror ha sido y siempre será un componente de la política humana. La guerra actual es contra los segmentos terroristas y fundamentalistas de todas las culturas y subculturas que niegan la Proposición B y anhelan aniquilar la civilización occidental. Si esta guerra escalara hasta abarcar la totalidad de los enemigos de ésta, incluyendo tanto a los relativistas de la Proposición A como a los fundamentalistas y absolutistas religiosos que se oponen a la B, comprometería al planeta entero. Esta guerra apocalíptica sería simultáneamente civil y global.⁴

La reconstrucción letal de la realidad

La Proposición B rescata un pequeño núcleo de verdades normativas universales negadas no sólo por algunas culturas no occidentales sino también por ciertos segmentos de opinión enquistados en el corazón de Occidente: los multiculturalistas, constructivistas, postmodernistas, relativistas y subjetivistas, que se cuentan entre los enemigos internos de

² De aquí en más usaremos el vocablo “postmodernista” en lugar de postmoderno, por considerar que se trata de una doctrina o ideología. Para referirnos a la época acuñamos el vocablo “neomoderno”.

³ Véase Naom Chomsky, ‘Distorted Morality: America’s War on Terror?’, conferencia impartida en la Universidad de Harvard, reproducida como grabación DVD por Plug Music and Silent Films, Los Ángeles: Epitaph, 2002.

⁴ En la historia de las luchas contra la Proposición B parece reiterarse una alianza táctica entre anti-relativistas que rechazan a ésta y relativistas de la Proposición A. Piénsese en la alianza táctica entre fundamentalistas islámicos y multiculturalistas, y en la convergencia de hecho entre aquellos liberales que se opusieron a los Tribunales de Nüremberg, y los criminales de guerra nazis.

esta civilización.⁵ Estos contestatarios se alarman frente a lo que perciben como el más efectivo de los imperialismos: el de una macro-cultura que se presta a la universalidad porque propone un método para penetrar en la realidad externa y manipular la naturaleza, más una ética de tolerancia hacia todos los rasgos culturales excepto la intolerancia.⁶ Esta macro-cultura puede ser adoptada por cualquier pueblo, y en tanto su epistemología genera poder a través de la manipulación de la naturaleza, parece ser el único camino al conocimiento abierto a la humanidad, y es la única cultura de valor universal.⁷

En su intento por combatir este pseudo imperialismo, relativistas y postmodernistas caen en un curioso solipsismo. Afirman que todas las verdades inducidas a partir de la experiencia son meras construcciones sociales, y que por lo tanto no son independientes del contexto en que fueron formuladas como proposiciones.⁸ Cuando se les obliga a enfrentarse

⁵ El relativismo cultural puede rastrearse, en versiones moderadas, hasta Herodoto y los sofistas del siglo V a.C., y en épocas menos remotas hasta Montaigne y Hume. Su primera versión explícita suele atribuirse a un politólogo norteamericano, William Graham Sumner, en 1906. En la primera mitad del siglo XX, Wittgenstein fue el abanderado de una versión desde la lingüística. Contemporáneamente, Edward Sapir, Benjamin Lee Whorf y Willard Van Orman Quine avanzaron propuestas más radicalizadas conocidas como "relativismo epistemológico" y "anarquía cognitiva", también desde la lingüística. Plantearon una virtual imposibilidad de comunicación y comprensión intercultural. Aunque posteriormente algunas de las conclusiones más importantes de sus investigaciones resultaron desmentidas, a partir de entonces el relativismo cultural se convirtió en una doctrina de moda y en la tendencia dominante de varias disciplinas. Bronislaw Malinowski, Margaret Mead, Ruth Benedict y Melville Herskovits acompañaron esta tendencia desde la antropología. Los horrores de la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto y el nazismo representaron un golpe para la hegemonía del relativismo cultural, pero fue de corta duración. Hacia las décadas de 1970 y 1980, Clifford Geertz y David M. Schneider consolidaron la idea dominante en la antropología, de que culturas diferentes ni siquiera pueden ser comparadas. La larga lista de postmodernistas europeos de moda que adhieren a la doctrina no requiere reproducción.

⁶ Para un análisis crítico del multiculturalismo, véase Jonathan Rauch, "The Mullahs and the Postmodernists", *The Atlantic Monthly*, enero de 2002. Véase también Aaron Wildavsky, *The Rise of Radical Egalitarianism*, Lanham, MD: University Press of America, 1991.

⁷ Simultáneamente con el relativismo cultural, se desarrolló una tradición opuesta que sostiene que las culturas son comparables y pueden ser evaluadas como superiores o inferiores. Lamentablemente, las opiniones de muchos de sus cultores estuvieron teñidas de racismo, lo que comprensiblemente condujo al desprestigio de la corriente más racional. No obstante, algunas de las grandes mentes liberales del siglo XX no se dejaron seducir por la creciente popularidad de un pensamiento relativista que, tal como lo demuestra Karl Popper desde la teoría del conocimiento, es científicamente insostenible. Entre éstos, la mayoría se mantuvo cercano a algún modelo evolucionista cuyas raíces se remontan a Darwin y Spencer. Fuertes argumentos anti-relativistas fueron formulados por distinguidos antropólogos como Ralph Linton, Alfred Kroeber, Ernest Gellner, Melford E. Spiro, Dan Sperber, Robert Redfield y George Peter Murdock, pero no fueron aceptados por el núcleo central de la disciplina.

⁸ Aunque con el advenimiento del postmodernismo el cuestionamiento de la universalidad del conocimiento científico tomó un nuevo giro radicalizado, esta es una temática de hondas raíces en la filosofía, que nos remite al problema de la inducción de Hume y a su solución por parte de Popper. El conocimiento se acumula no a través de la comprobación de hipótesis "verdaderas", sino a través del falsamiento empírico de otras hipótesis alternativas que se descartan porque resultan falsadas por los datos empíricos. Se produce una "selección natural de hipótesis" de corte darwiniano. Sabemos más acerca de lo que "no es verdadero" que acerca de lo que resulta verdadero. El conocimiento proposicional o conjetural así generado es objetivo,

a ejemplos extremos, el más radicalizado de estos profetas estará dispuesto a afirmar que el cáncer puede ser bello si un individuo tiene la suerte de haber incorporado la construcción social apropiada. Raramente se avienen a dejarse arrinconar con razonamientos precisos, sin embargo. Clifford Geertz, por ejemplo, se burlaba de los anti-relativistas que rechazaban a los “cazadores de cabezas”, pero no se animaba a reemplazar a éstos con los nazis en sus proposiciones, a la vez que no se avenía a confesar que su relativismo no se extendía a los perpetradores del Holocausto, porque si lo hubiera hecho ese habría sido el final de su relativismo.⁹ Al decir de Dan Sperber, sus ideas son semi-ideas, sus creencias son semi-creencias y sus proposiciones son semi-proposiciones.¹⁰

Por cierto, el solipsismo postmodernista conduce a la neutralidad moral frente a Hitler, del mismo modo en que conduce a la negación de que exista una realidad terminal que es universal para todo ser humano, en el hecho irreparable de un tejido humano destruido, pero sus cultores enuncian sus equívocas semi-ideas de modo de evitar estos pronunciamientos categóricos. No obstante, al lidiar con estos nihilistas no del todo consumados, resulta útil tener en cuenta que la realidad física de la muerte (entendida como el cese definitivo de las funciones vitales de un animal o planta) no es una construcción social, aunque su “significado” pueda ser interpretado por multitud de construcciones

acumulativo, y constituye una dimensión de la evolución social. Karl R. Popper, *Objective Knowledge: An Evolutionary Approach*, Oxford: Clarendon Press, 1972, pág. 261. La revolucionaria contribución de Popper, matizada por los aportes de epistemólogos posteriores como Hilary Putnam y Thomas Kuhn, es desafiada por radicales como Cornel West, quien sostiene que las formas modernas de la racionalidad, ciencia y objetividad “requieren la constitución de la idea de supremacía blanca”. Estaría más cerca de la verdad decir que la Edad Moderna fue hecha posible (entre otras cosas) gracias a la efectividad de la pólvora y su supremacía, independientemente de que fuera usada por blancos, negros o amarillos.

⁹ Clifford Geertz, “Distinguished Lecture: Anti Anti-Relativism”, *American Anthropologist*, Vol. 86, N° 2 (March 1984), p. 263-273. El de Geertz es un artículo brillante, famoso, frívolo y deshonesto, cuya mayor función resulta en la consolidación de los argumentos de los anti-relativistas de quienes se mofa.

¹⁰ Dan Sperber, “Apparently Irrational Beliefs”, en M. Hollis and S. Lukes (comps.), *Rationality and Relativism*, Cambridge, MA: MIT Press, 1982. Esta crítica de Sperber hacia los relativistas en general está avalada por escritos como el citado de Geertz. Éste se burla ingeniosamente sin jamás llegar a refutar, como si despreciara la soberanía de la estructura lógica del pensamiento. Por ejemplo, su ironía resuena frente a la afirmación de Mary Midgeley, una de las mayores antropólogas de su tiempo, cuando en alusión al nazismo afirma que “lo que abominamos no es opcional” (M. Midgeley, *Beast and Man: The Roots of Human Nature*, Ithaca, NY: Cornell University Press, 1978, p. xiv-xv). Pero no se anima a dar el último paso, declarándose neutral frente a Hitler. A Popper lo descarta en menos de una oración, ironizando sobre “la ‘Gran Divisoria’ del evolucionismo popperiano: ‘nosotros tenemos ciencia... pero ellos no’” (*op. cit.*, pág 267). Por lo tanto, Geertz y otros relativistas ameritan plenamente el sarcasmo de Sperber, a los efectos de que su doctrina “si siquiera es una posición indefendible, realmente no califica siquiera como una posición”. Y sus glosas sarcásticas se convierten en un bumerang, cuando recuerda este dicho de Sperber: “La mejor evidencia contra los relativistas es... la misma actividad de los antropólogos, mientras la mejor evidencia a favor de los relativistas [está] en los escritos de los antropólogos” (Sperber, *op. cit.* pág. 180, cf. Geertz, *op. cit.* pág. 274).

sociales. Esta realidad “evidente en sí misma” es el mejor punto de partida para la construcción de una teoría objetiva del conocimiento. Análogamente, en el ámbito de la ética cívica resulta útil recordar que el rechazo de los derechos humanos como una normativa universal “evidente en sí misma” equivale a tolerar las prácticas genocidas pero legales de Eichmann.¹¹ Relativistas y constructivistas no pueden excluirse de la opción. Si la neutralidad moral se mantiene rigurosamente de manera consistente con el relativismo cultural, entonces sus teorías son perversas y ellos mismos son enemigos internos de la civilización occidental, en tiempos de guerra. Como lo hubiera dicho Popper, la sociedad abierta tiene sus enemigos, externos e internos.¹²

En algún sentido, y tal como arguyera A.C. Kors, la desesperación de relativistas y postmodernistas frente al “colonialismo de la mente” generado por la civilización occidental es comprensible.¹³ Más allá de todas las construcciones sociales, un cadáver de diez años está muerto. A través de esta reconstrucción letal de la realidad, la epistemología neomoderna es capaz de reafirmar hechos conocidos desde tiempos inmemoriales pero oscurecidos por sofismas postmodernistas. El mundo que está más allá de nuestras mentes puede ser explorado y descubierto, y dicho descubrimiento posee un valor universal. Un hecho empírico es un hecho empírico. Una cultura capaz de explorar y descubrir el mundo que está más allá de nuestras mentes es superior a una que no es capaz de tal cosa. La

¹¹ La versión original de este ensayo, en inglés, usa la expresión “*to hold some truths to be self-evident*”, una paráfrasis de la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos referida a la igualdad esencial de todos los seres humanos.

¹² Este lenguaje probablemente asuste a los espíritus más piadosos, pero ha sido utilizado por algunos de los más notables pensadores occidentales mucho antes del actual embate del terrorismo fundamentalista islamista y su aliado postmodernista. Más allá del obvio caso de Popper, un antropólogo tan notable como Melford Spiro señalaba que: “[E]l concepto de relativismo cultural (...) fue enrolado para batallar (...) contra ideas racistas (...). Pero también fue usado (...) para perpetuar un tipo de racismo invertido (...), como una poderosa herramienta de crítica cultural, con la consecuente derogación de la cultura occidental y de [su] mentalidad.” M. Spiro, “Culture and Human Nature”, en G. Spindler (comp.), *The Making of Psychological Anthropology*, Berkeley: University of California Press, 1978, pág. 336.

¹³ Ver Alan Charles Kors, “The West at the Dawn of the 21st Century: Triumph Without Self-Belief”, *Newsletter of the Center for the Study of America and the West*, Foreign Policy Research Institute, Vol. 2, No. 1, febrero de 2001. Aclaro que no incluyo en mi concepto de “relativismo extremo” a p recusores del constructivismo cuyo sustrato filosófico es en última instancia realista. Tal el caso de la obra de Peter L. Berger y Thomas Luckmann, *La Construcción Social de la Realidad*, Buenos Aires: Amorrortu, 1968. Mi propia obra, para el caso, tiene aspectos constructivistas (por ejemplo, “The Anthropomorphic Fallacy in International Relations Discourse”, Working Paper # 94-6, Center for International Affairs, Harvard University, agosto de 1994, convertido posteriormente en el segundo capítulo de mi libro de 1995, citado más adelante).

negación postmodernista de este simple razonamiento, cuya conclusión era obvia desde mucho antes que Darwin, no es más que palabrería de moda.

La construcción objetiva de la realidad comienza por un conocimiento que pertenece al ámbito de la comprensión natural del mundo, un saber pre-científico que está presupuesto por cualquier articulación científica de hechos empíricos. No es otra cosa que el ámbito del “sentido común”, sin el cual una búsqueda científica ni siquiera puede comenzar, ya que presupone datos procesados por nuestros sentidos que no pueden ser verificados por ningún instrumento.¹⁴ Alcanza con un solo dato de valor universal que esté más allá de las construcciones sociales para demostrar el punto. La realidad existe por fuera de nuestra subjetividad, y puede ser aprehendida y expresada en afirmaciones de validez para todo el género humano. El mismo progreso de la ciencia y la medicina refutan la presuntamente sofisticada retórica del solipsismo postmodernista. El avance de las ciencias, con consecuencias tanto buenas como siniestras, demuestra que algunas realidades son obvias en sí mismas, y esta es la premisa sobre la que se construye nuestra cultura. Por cierto, nada reafirma la objetividad de la realidad externa tanto como la muerte. Muero luego existo. Puedo prevalecer en la lucha por la supervivencia, luego soy mejor o más apto que quienes no pueden. *Mato luego existo*: esta afirmación es independiente de su contexto, válida para quien sea que sobreviva, hombre o mujer; blanco, negro o amarillo; musulmán, cristiano o judío.

El Occidente liberal-secular contemporáneo se caracteriza por una cultura construida sobre la premisa de una realidad externa cognoscible que puede volverse más controlable a través de la actividad humana, a lo que se suma el valor trascendente que adjudica al individuo. Al contrario de sus oponentes históricos (incluyendo sus propios fundamentalismos religiosos del pasado y del futuro), esta es la cultura de todos aquellos que han superado la subordinación a los dogmas religiosos pre-filosóficos de donde han emergido todas las civilizaciones. Como tal, es una cultura *natural* potencialmente universal. El suyo es un expansionismo natural porque ha generado “categorías universales

¹⁴ Aunque el conocimiento no se limita a los datos procesados por los sentidos, no puede generarse sin éstos. Parménides fue quizás el primero en reflexionar sobre esta dependencia: “La mayoría de los mortales no tiene nada en sus equívocos intelectos excepto lo adquirido a través de sus equívocos sentidos” (Cf. K. Popper, *Conjectures and Refutations*, Addendum 8 a la tercera edición, 1969, pág. 408-412).

que trascienden a su propia civilización”.¹⁵ Lo ilustran la incondicional adopción rusa y japonesa de la epistemología occidental, desde Pedro el Grande y la era Meiji respectivamente. Lo que la hace expansionista, lo que la hace metafóricamente imperialista, es que se expande y continuará haciéndolo porque conduce a la generación de poder a través de la manipulación de la naturaleza.

Haber llegado hasta este punto representa un movimiento no sólo del reloj-mundial¹⁶ sino también de la historia natural.¹⁷ Para interpretarlo se requiere a Darwin y a Spencer. Por cierto, a pesar de un choque de civilizaciones que se deriva de antiguos conflictos nacidos en el Mediterráneo durante la temprana Edad Media, queda mucho por decir a favor del pronóstico de Francis Fukuyama acerca del fin de la historia. Pero ese desenlace no será el producto de un sistema económico triunfante. Sólo puede provenir de la superioridad militar provista por una epistemología superior, en el sentido evolutivo pregonado por Popper:

‘El crecimiento de nuestro conocimiento es el resultado de un proceso que se parece mucho a lo que Darwin llamó ‘selección natural’; esto es, la *selección natural de hipótesis*; nuestro conocimiento consiste, en todo momento, de aquellas hipótesis

¹⁵ Alan Charles Kors, *op. cit.*

¹⁶ I. Wallerstein, *The Modern World-System*, volúmenes I to III, Nueva York: Academic Press, 1976, 1980 y 1988. El reloj o tiempo mundial es un útil concepto que Immanuel Wallerstein atribuye a Wolfram Eberhard (vol., pág. 6). Subraya la importancia del contexto global en el momento en que se produce un acontecimiento. Por ejemplo, no es lo mismo comenzar una industrialización en el siglo XVII (cuando no había potencias industriales) que en el XXI. Alejándonos de los ejemplos económicos que prefiere Wallerstein, está claro que para un Estado débil la violación masiva de derechos humanos a principios del siglo XX (cuando el alcance de las potencias hegemónicas estaba mucho más acotado debido al menor avance de la tecnología, y cuando Estados Unidos aún no había desarrollado su política de exportación de derechos humanos) no tenía las mismas consecuencias que en el siglo XXI. Y una guerra total antes del desarrollo de armas de destrucción masiva era mucho menos peligrosa que en la actualidad: en este caso, otra vez la tecnología marca el tiempo del reloj-mundial. Este concepto de tiempo-mundial contribuyó a superar el paradigma de la “modernización” de las décadas del ‘50 y ‘60, que resultó engañoso. Ayuda a comprender porqué el desarrollo económico no puede entenderse, como pretendía Walt W. Rostow, en términos de una sucesión de etapas que se repiten en cualquier proceso de desarrollo (W.W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge: Cambridge University Press, 1960). También esclarece el hecho de que los países no se modernizan políticamente siguiendo etapas comparables, como lo entendía David Apter, a no ser que lo hagan bajo las mismas circunstancias mundiales (D.E. Apter, *The Politics of Modernization*, Chicago: University of Chicago Press, 1965). Porque el reloj-mundial condiciona todos los procesos, ni un país ni una región del mundo es un sistema social en sí mismo. Como dice Wallerstein, el único verdadero sistema social es el sistema-mundial. Me considero un discípulo de derechas de Wallerstein, en tanto mi esfuerzo por superar el economicismo de su enfoque de origen marxista conduce a conclusiones que él jamás endosaría respecto del devenir del sistema-mundial.

¹⁷ Como Wallerstein, usaré el concepto de “historia natural” para referirme a cualquier fenómeno que pueda conceptualizarse en términos de “etapas” de un proceso evolutivo. El sistema -mundial tiene una ‘historia

que han demostrado su aptitud relativa para sobrevivir hasta ese momento en la lucha por la existencia; una lucha competitiva que elimina las hipótesis que no son aptas. . (...) La teoría del conocimiento que propongo es en gran medida una teoría darwiniana del crecimiento del conocimiento.”¹⁸

Es esto lo que llamamos una epistemología natural: es tan natural como la vida y genera poder porque permite manipular la naturaleza. El prerrequisito para su desarrollo fue el descubrimiento de la naturaleza misma, alcanzado por la filosofía de la Grecia antigua. El Antiguo Testamento no conoce la naturaleza y no existe este vocablo en el hebreo bíblico. El equivalente pre-filosófico de naturaleza es “costumbre” o “manera”: el grito es la manera propia de los patos, luchar es la costumbre de soldados, crear es la manera de Dios. La naturaleza fue descubierta cuando los griegos comenzaron la búsqueda del “principio” de todas las cosas, y esta búsqueda era inconcebible mientras la pregunta fuera contestada a través de la revelación divina.

Sólo cuando este enorme paso hubo sido dado pudo la civilización griega desarrollar su método de disputación, de identificación de causas y efectos, y de pensamiento deductivo. Posteriormente Grecia fue doblegada, pero su espíritu conquistó a sus sucesores macedónicos y romanos. La caída de Roma representó un golpe tremendo y de largo alcance, a pesar del cual la cultura clásica fue retransmitida a la Europa bárbara por los sabios árabes cuya civilización entonces estaba en su apogeo.

natural” aunque sólo sea porque la sociedad humana ha pasado por una sucesión de etapas en términos de la evolución de tecnología y el desarrollo de los medios de producción (y de destrucción).

¹⁸ Énfasis en el original. Popper agrega que sus afirmaciones no son metafóricas, aunque hagan uso de metáforas. *Objective Knowledge*, pág. 261. La estructura lógica de los enfoques antropológicos que sostienen que las sociedades pueden ser evaluadas como mejores o peores es muy similar a la de la teoría del conocimiento objetivo de Popper. Robert D. Edgerton, por ejemplo, primero define una “creencia o práctica dañina” como una que pone en peligro la salud física o mental de una persona. Arguye que si tales prácticas están presentes en una familia, aldea o en una cultura de mayor extensión, “continuarían siendo dañinas pero emergería otra cuestión: la de la capacidad para la supervivencia del grupo y su sistema sociocultural. (...) Se requiere sólo un poco más de imaginación para pensar sobre toda una sociedad cuyos miembros sean tan malsanos, improductivos y divididos entre sí que inevitablemente fenezcan o sean absorbidos por otro sistema social”. Como una hipótesis descartada que ha sido falseada, una cultura a veces es descartada en la lucha por la supervivencia. “La esclavitud, el infanticidio, el sacrificio humano, la brujería, la tortura, la mutilación genital femenina, la violación, el homicidio, las luchas intestinas y la contaminación ambiental han sido a veces innecesariamente dañinas para algunos o todos los miembros de una sociedad, y bajo ciertas circunstancias pueden amenazar la supervivencia social” (R.D. Edgerton, *The Sick Society*, Nueva York: Free Press, 1992, pp. 1 y 16-17). La estructura del argumento de Edgerton es sólida, aunque peca de cierta ingenuidad asociada a la corrección política: en el siglo XVI, un imperio no hubiera sobrevivido como tal sin la institución de la esclavitud, que en ese momento del reloj-mundial resultaba un rasgo adaptativo.

El mundo greco-romano incluyó la mayor parte de lo que en el día de hoy es el mundo árabe. Sin embargo, el surgimiento del islam enajenó a la cultura árabe de su pasado greco-romano. Paradójicamente, sus eruditos rescataron para la civilización occidental la matriz cultural que florecería desde el Renacimiento en adelante, mientras ellos crearon una civilización que también floreció pero eventualmente retrocedió hacia una mentalidad pre-filosófica. De tal manera, cuando la Europa cristiana eventualmente superó la tiranía de la tradición en asuntos vinculados al conocimiento natural, tuvo una matriz griega sobre la cual recostarse. Su característica central es un realismo filosófico que fue predicado por Agustín, Tomás de Aquino, Francisco Suárez, Luis de Molina y casi todos los doctores de la Iglesia.

De algún modo, la primacía de la epistemología occidental se estableció por primera vez a través de las conquistas de ultramar (una realidad “evidente en sí misma”), a partir de los viajes de descubrimiento realizados por los reinos ibéricos en el siglo XV. El único motivo por el que españoles y portugueses pudieron navegar y conquistar, exportando la civilización europea globalmente no solo por primera vez sino también de modo duradero, fue que comprendieron que un hecho empírico es un hecho empírico. La epistemología de Enrique el Navegante descendía directamente de la de Aristóteles. Moctezuma pudo haber interpretado la llegada de los conquistadores en términos de la construcción social de su cultura, pero su existencia pronto cesó y no pudo proseguir con la exposición de su narrativa, mientras Hernán Cortés permaneció allí y hoy los descendientes de los aztecas hablan castellano.

Cortés conquistó un imperio con escasos centenares de hombres porque los aztecas carecían de una metodología para procesar eventos absolutamente inesperados, como la llegada de los españoles. Cuando esto ocurrió, Moctezuma apeló a sus dioses para que le dijeran qué hacer, pero le fallaron. En cambio, Cortés desplegó una estrategia racional y secular para poner una tribu mesoamericana contra otra, totonacos contra aztecas, aztecas contra totonacos, fingiendo ser el amigo de ambos para terminar dominándolos. Sólo pudo hacer esto porque había superado la sumisión a su propia religión, desarrollando una metodología basada en una epistemología secular. Por cierto, las atrocidades españolas en México fueron asesinatos ateos, mientras que los sacrificios humanos aztecas fueron el dictado de sus dioses. Aquellas fueron las acciones de hombres modernos que, lejos de su

tierra, avanzaron hacia un “secularismo encubierto”, comprendiendo que todos los caminos les estaban permitidos.¹⁹

Similarmente, cuando el ejército de Carlos V, frustrado por los sueldos adeudados, saqueó a Roma en 1527, el sacro emperador romano, que ya había sido elegido pero aún no coronado, incurrió en secularismo encubierto enseñándole a un papado reluctante quién era el títere y quién era el amo. Su abuelo Fernando II de Aragón había actuado de modo análogo con su vasallo, el Papa Alejandro VI (el valenciano Rodrigo de Borja), y fue elogiado por este y otros motivos por Nicolás Maquiavelo como el ideal del príncipe renacentista. Mientras estuvieron en la cúspide de su poder los reyes españoles no necesitaron romper con Roma, como lo hizo Enrique VIII de Inglaterra, porque podían tratar al Vaticano como a un satélite. Enrique, Fernando, Carlos y Cortés fueron todos seculares encubiertos a quienes la religión no imponía límites, capaces de las acciones racionales más escandalosas para alcanzar sus objetivos.²⁰

Por cierto, la fuente del poder occidental es y ha sido siempre (desde los Descubrimientos de Ultramar) una creciente comprensión de los medios necesarios para manipular a otros hombres y a la naturaleza, junto con el entendimiento paralelo de que la humanidad es soberana y ninguna ley presuntamente divina puede limitar el accionar de un Estado. La búsqueda emprendida por Maquiavelo, de lecciones para estadistas abrevando en la historia y la acción política, en vez de la religión y la filosofía moral, es el paroxismo de esta cualidad secular e instrumental del Renacimiento, sin la cual no pueden comprenderse a Occidente y sus éxitos. Medio milenio más tarde, la estabilidad global alcanzada por las detonaciones nucleares en Hiroshima y Nagasaki, que duró medio siglo, fue el logro culminante de la soberanía ética de la humanidad secularizada.

El poder como el producto natural del conocimiento objetivo

Desde los viajes ibéricos de descubrimiento el globo terráqueo quedó reducido a una unidad. Su intercomunicación ha crecido permanentemente y Occidente (como entidad

¹⁹ Esta temática está bien desarrollada en David Gress, *From Plato to NATO*, Nueva York: Free Press, 1998, pág. 249-258.

²⁰ Todos ellos hubieran aprobado secretamente a Nietzsche en *Más Allá del Bien y del Mal*, cuando caracteriza a la fe cristiana como la encarnación de una insípida “moral de esclavos” que iguala la bondad a la estupidez. Pero públicamente hubieran puesto el grito en el cielo, porque en tanto seculares encubiertos, también fueron precursores de Charles Maurras.

histórica) ha dominado y en gran medida gobernado. Cuando epistemologías diferentes se enfrentan, la conquista es una prueba posible de la epistemología, porque ¿qué cosa es la conquista sino el triunfo de una matriz de capacidades cognitivas sobre otra? ¿Y qué cosa es una muerte en batalla sino la aniquilación de un conjunto de capacidades cognitivas por las de su enemigo?²¹

Por cierto, como lo demuestra David Gress en *From Plato to Nato*,²² la “gran narrativa” sobre Occidente desarrollada antes del avance del postmodernismo en multitud de asignaturas universitarias anglo-americanas, que se apoya en míticos “momentos mágicos” y “pecados originales”, es una caricatura de la historia en medida no menor que la posterior versión postmodernista. Lo mismo puede decirse del libro de Samuel P. Huntington, *Who Are We?*²³ Se trata de leyendas que pretenden hacernos creer que el desarrollo de una sociedad libre fue el producto de una sucesión de afortunados trances ahistóricos. Pero no fue así. ‘La libertad creció porque sirvió los intereses del poder’, concluye Gress. La lucha por el poder es una variable independiente. Las libertades y el credo liberal no lo son, por más que hayan devenido en elementos cruciales para la configuración de las identidades occidentales actuales.

Más específicamente, y aunque sea reiteradamente negado, en los mismos Estados Unidos la libertad creció sólo en la medida en que resultó funcional a los intereses del poder. Huntington, por caso, nos recuerda la limpieza étnica de indígenas perpetrada por el Presidente Andrew Jackson en la década de 1830, instrumentada por una Ley de Remoción de Indios sancionada por el Congreso a su pedido. Las principales tribus en seis estados

²¹ Una buena ilustración del punto de vista opuesto, que considero “relativismo extremo”, está representado por Marisa González de Oleaga, quien directamente niega la vigencia de un continuo evolutivo conducente al aumento de capacidades cognitivas: “*La propuesta de capacidades cognitivas y conceptuales comunes a la especie no establece ninguna jerarquía cultural y no responde a ningún esquema evolutivo*” (en ‘Memoria del concurso de oposición para la titularidad de la asignatura ‘Teoría e Historia de los Sistemas Sociales’, UNED, Madrid 2002, ms. p. 49). No está menos equivocada que Wallerstein cuando sostiene que ‘ho existe una línea secular inevitable de la historia humana’ (‘North -Atlantism in Decline’, *Geopolitics and Geoculture: Essays on the changing world-system*, Cambridge RU: Cambridge University Press, 1991, pág. 106). Lamentablemente, la capacidad para matar es una medida objetiva de la evolución cognitiva y cultural, quizá la única. Su mera postulación desbarata este relativismo y abre el camino para una teoría evolutiva basada en la supervivencia del más apto. Son errores como éste los que inspiraron este ensayo.

²² D. Gress, *op.cit.*

²³ Samuel P. Huntington, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York: Simon & Schuster, 2004.

sureños fueron obligadas a mudarse al otro lado del río Mississippi.²⁴ Ni que hablar de los negros. No obstante, refugiándose en la mítica gran narrativa, Huntington sostiene que “Los principios del Credo (norteamericano) permanecieron (...) notablemente estables a lo largo del tiempo.”²⁵

Seymour Martin Lipset, citado por Huntington, también circula por las ficciones de la gran narrativa al sostener que ha habido “más continuidad que cambio en lo que respecta a los principales elementos del sistema nacional de valores”.²⁶ Naturalmente que para llegar a esta conclusión a la luz de la limpieza étnica de indígenas y la esclavitud de negros, es preciso manipular la lógica formal: sólo se puede afirmar que el Credo no cambió si a la vez se reconoce que sí se modificó el contenido cultural del concepto de “individuo humano” (supuestamente dotado de una dignidad e igualdad esenciales, y del derecho a la libertad y la justicia), de modo que en una primera etapa éste no incluyera a indios ni negros. Sólo así es posible sostener que el Credo se mantuvo “notablemente estable”: aduciendo que permaneció inalterada su estructura pero reconociendo el cambio en el contenido cultural de su principal componente.

Esto, por supuesto, es falacia pura. No hubo la estabilidad pretendida por Huntington, Lipset y muchos otros. Lo suyo no es sino parte de la mítica gran narrativa. En realidad lo que hubo fue una formidable *evolución* del Credo, una evolución que es parte de la *historia natural de los derechos humanos*. Hubo una libertad creciente, extendida a categorías crecientes de seres humanos. Y este crecimiento fue consecuencia de la *evolución* de los intereses del poder en una sociedad industrial cada vez más desarrollada.

²⁴ *Ibidem*, p. 54. *Indian Removal Act* de 1830. Naturalmente que estos desplazamientos forzados engendraron una guerra perdidos para los indios, la Segunda Guerra Seminole de 1835-1843, que prácticamente nadie fuera de los Estados Unidos recuerda. Por otra parte, fue este mismo ánimo el que alentó a los norteamericanos a crear el Estado africano de Liberia en 1821. El propio Huntington reconoce que es dudoso que los negros libres que fueron enviados allí (entre once y quince mil) hayan ido voluntariamente. Y recuerda que en 1862 el Presidente Abraham Lincoln dijo al primer contingente de negros que alguna vez visitara la Casa Blanca que debían emigrar al África. *Ibidem*, p. 55. Pero sostiene que el Credo Americano se mantuvo estable...

²⁵ *Ibidem*, p. 67. Huntington cita varias definiciones convergentes del Credo Americano, acuñadas por diversos autores de nota. Una de las más elaboradas es la de Lipset, quien encuentra cinco principios principales en su núcleo: “libertad, igualitarismo (de oportunidad y respeto, no de resultado ni condición), individualismo, populismo y *laissez-faire*.” Véase Seymour Martin Lipset, *American Exceptionalism: A Double-Edged Sword*, Nueva York: Norton, 1996, pp. 63-64.

²⁶ Seymour Martin Lipset, *The First New Nation: The United States in Historical and Comparative Perspective*, New York: Norton, 1973, p. 103.

Ejemplo de este proceso es la abolición de la esclavitud, que se convirtió en una aspiración sólo entre aquellos para quienes los esclavos ya no eran de vital importancia económica. Lo que hizo al Sur diferente del Norte en la Guerra Civil norteamericana fue, principalmente, la necesidad de esclavos: la diferencia en credos se derivó de allí. Análogamente, lo que hizo a la Argentina (un país dónde la libertad de vientres fue legislada en 1813) diferente de ambos Brasil y los Estados Unidos, fue que carecía de importantes economías de plantación. Naturalmente que esto generó un credo abolicionista argentino, ¿pero es siquiera digno de mención?²⁷ Por cierto, también de los mitos complacientes y engañosos puede decirse que son relevantes sólo en tanto sirven a los intereses del poder en países poderosos.²⁸

No obstante, subsiste el hecho de que la libertad se acordó a los hijos de los esclavos de Buenos Aires antes que a los de Washington D.C. Ello fue así simplemente porque la esclavitud fue una institución económicamente importante por más tiempo en el Sur de los Estados Unidos que en la Argentina. Desde la perspectiva de las fuerzas que forjan el proceso histórico, esa fue la variable independiente, no los credos americano o argentino.

Así que debemos concurrir con Gress en que la libertad creció cuando sirvió a los intereses del poder. *Y el gran poder de Occidente emergió inevitablemente de una epistemología natural, que es lo que verdaderamente lo distingue de otras civilizaciones.* Por ello, nuestra civilización se definió y se sigue definiendo por su poder mucho antes que en términos libertarios o democráticos, y con toda justicia, porque su epistemología es natural y esto la ubica en una etapa superior del continuo evolutivo.²⁹

²⁷ Como en los escritos de Juan Bautista Alberdi, cuyas *Bases* (1852) inspiró la Constitución Argentina, y cuyo *El Crimen de la Guerra* (1870), de haber sido norteamericano, hubiese contribuido al mito del excepcionalismo de dicho país, pero que por el hecho de ser periférico es comprensiblemente olvidado.

²⁸ Lo mismo es cierto de lo inicuo e infame. El hecho de que la limpieza étnica de indígenas y su odioso fundamento en el derecho positivo norteamericano sean raramente recordados en las narrativas convencionales, mientras la expulsión española de judíos y moriscos en los siglos XV y XVI es permanentemente señalada, también es parte de la dinámica del poder.

²⁹ Esta es una de las varias razones por las que en el futuro Estados Unidos probablemente evolucionará hacia una forma de organización política menos democrática. Robert D. Kaplan es uno de los varios autores norteamericanos de la actualidad que reconocen este hecho: ‘Las cortas guerras limitadas y operaciones de recate en que estaremos involucrados no recibirán la aprobación del Congreso ni de la ciudadanía; tampoco la recibirán los golpes preventivos contra las redes de ordenadores de nuestros enemigos, ni otras medidas vinculadas a la seguridad que en muchas instancias podrán permanecer secretas. (...) Hacer la guerra será una decisión cada vez menos democrática. (...) La guerra está sometida al control democrático sólo cuando es una

El enemigo histórico

No sólo esto: Occidente ha tenido un *enemigo histórico* que es raramente mencionado por esa “gran narrativa”,³⁰ quizá porque es más difícil de discernir como tal desde la perspectiva de las potencias que se convirtieron en su núcleo central con posterioridad a la derrota (temporaria) de este adversario.³¹ Hasta los viajes de descubrimiento fue un enemigo comparable, en términos de poder, al Occidente cristiano. Conocidos indistintamente como moros, sarracenos, infieles, árabes, musulmanes y otomanos, estuvieron a punto de conquistar la Europa cristiana en más de una ocasión. Después de derrotar al rey visigodo Don Rodrigo en la Batalla de Guadalete del año 711, invadieron toda la Península Ibérica y fueron detenidos del otro lado de los Pirineos por Carlos Martel, en la Batalla de Poitiers de 732.³² Aunque la Reconquista de la Península había comenzado tempranamente, con la Batalla de Covadonga de 722, donde el fugitivo Don Pelayo derrotó a los árabes en Asturias, no fue concluida hasta 1492. No es caprichoso que la captura de Granada por Fernando e Isabel fuera mucho más comentada en la Europa de fines del siglo XV que los descubrimientos de Colón.

Para entonces, sin embargo, los turcos otomanos, islámicos herederos del previo expansionismo árabe, habían tomado Constantinopla, convirtiéndose en una amenaza a la cristiandad occidental en el otro extremo de Europa. Los otomanos continuaron su avance conquistando los Balcanes, gran parte de Hungría y sitiando a Viena en más de una ocasión. Una vez más en este caso, la tarea de contener al islámico dependió en primera instancia de España, con el poder acumulado por la conquista de vastos territorios de ultramar ricos en metálico, y la herencia dinástica de otro imperio en la misma Europa, que incluía a Portugal, los Países Bajos Españoles, Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña y parte de

condición claramente diferenciada de la paz.” Robert D. Kaplan, *Warrior Politics*, Nueva York: Random House, 2002, pág. 117 and 121.

³⁰ No fueron los indígenas americanos, como parece pensar Huntington.

³¹ Quizá sea por este motivo que Robert Kagan no llega a darle su plena entidad a este enemigo presente y antiguo, minimizando la cuestión de la confrontación actual con el terrorismo de raíz fundamentalista islámica, al punto de darle la razón a Francis Fukuyama respecto del presunto fin de la historia como consecuencia de la victoria del capitalismo democrático y liberal. Véase R. Kagan, *Of Paradise and Power*, Nueva York: Knopf, 2003, pág. 80-81. No obstante, no puede descartarse que el juicio de Kagan también esté contaminado de algún cálculo diplomático.

³² La *Catholic Encyclopedia*, un vehículo de transmisión de la “gran narrativa” que es por fuerza menos prototípico que sus equivalentes protestantes, nos dice que la Batalla de Poitiers “debe permanecer por siempre jamás como uno de los grandes acontecimientos en la historia del mundo, porque de su resultado

Borgoña. La flota cristiana dirigida por el medio hermano bastardo de Felipe II, que a las españolas sumaba fuerzas aliadas del Vaticano, Venecia y Génova, infligieron a los otomanos su primera gran derrota naval en la Batalla de Lepanto de 1571, en la costa de Grecia.

En aquellos días, es decir mucho antes del Tratado de Westfalia de 1648 (generalmente presentado por una interpretación germano-céntrica de la historia como el nacimiento del sistema interestatal moderno), España, Francia e Inglaterra eran ya Estados territoriales soberanos. Por cierto, la “gran narrativa” es completamente diferente si en vez de contarse desde el mítico y piadoso ángulo de la gestación de libertades, se cuenta desde la perspectiva de la construcción del Estado y la concentración de su poder, un poder sin el cual Occidente jamás se hubiera convertido en lo que es en la actualidad.

El gravísimo peligro presente

Tal como se afirmó, el predominio occidental global, un hecho indiscutible e imponente desde el Renacimiento, es el producto de una epistemología natural de la que fueron precursores los griegos. Europa la había perdido con las invasiones germánicas pero la recuperó lentamente durante el milenio posterior. Los Descubrimientos de fines del siglo XV son los más claros símbolos de la plena recuperación de la matriz cultural extraviada con la caída de Roma. Las guerras entre pueblos que comparten esta epistemología (incluyendo la Guerra Fría entre la Unión Soviética y los Estados Unidos) son en alguna medida guerras intra-occidentales, más allá de diferencias en ideología y otras esferas.³³

Si agregamos una ética cívica liberal a nuestra epistemología física natural, tenemos lo que hemos llamado el Occidente liberal-secular, que emergió de la Ilustración y se difundió gradualmente a través de la comunidad histórica occidental y más allá. Pero este es sólo un segmento de Occidente, no sólo porque no todas las sociedades de la comunidad

dependía que la civilización cristiana perdurara o que el islam prevaleciera en toda Europa”. De tal modo, rescata la centralidad de la lucha entre Occidente y su enemigo histórico.

³³ Aunque luego se contradice, Huntington afirma que las dos guerras mundiales y la Guerra Fría fueron suertes de “guerras civiles occidentales”. Atribuye la expresión a William Lind. Vease Samuel P. Huntington, “Clash of Civilizations?”, *Foreign Affairs*, Verano 1993, Vol. 73 (3), pág. 23.

epistemológica pueden identificarse con él, sino también porque incluso en su centro, algunos segmentos de población y grupos de interés no son liberales.³⁴

Las mismas sociedades en las que surgió la Ilustración han albergado siempre segmentos anti-modernos: el enemigo interno. Joseph de Maistre y otros como él contradijeron la Ilustración francesa; Edmund Burke y sus discípulos acotaron el liberalismo británico; judíos anti-modernos incomunicaron a Benedict Spinoza de su comunidad religiosa. El integrista católico actual se opone a las tendencias liberalizadoras de una parte de la Iglesia contemporánea. El postmodernismo es un enemigo incluso más radical, en tanto algunas de sus expresiones tienden a justificar el accionar del extremismo islámico.³⁵

Lo que hoy enfrentamos es un conflicto global entre la modernidad y sus enemigos. Este es el desafío que el neomodernismo debe clarificar, en las tinieblas de la confusión postmodernista. Debido a su utilización del suicidio místico asesino como un método de guerra que lo torna inmune a la disuasión, y debido a su probable acceso eventual a armas de destrucción masiva, el extremismo islámico congrega la más peligrosa concentración de estos enemigos, pero no está solo. Nuestras sociedades están lejos de ser monolíticas. Y el conflicto es asimétrico, porque aunque Occidente es abrumadoramente más poderoso, le resulta difícil, sin traicionar sus principios, librar una guerra material contra enemigos internos que son respetuosos de la ley pero carcomen sus cimientos. En cambio, las fuerzas anti-modernas del extremismo islámico pueden enorgullecerse de no tolerar disensos significativos en sus propios territorios: tal intolerancia es, para ellos, un principio.

³⁴ No obstante, la civilización es en sí misma secular, en el sentido de que su derecho y su ciencia no se derivan de verdades reveladas.

³⁵ En "The Mullahs and the Postmodernists", Rauch (*op. cit.*) endosa la conceptualización de Aaron Wildavsky, que diferencia entre tres tipos de culturas: individualistas, jerárquicas e igualitarias. El centro de la sociedad norteamericana es predominantemente individualista. La izquierda postmodernista es igualitaria-radical. Pero con la ruina del marxismo, "no puede ofrecer un sistema social viable que previsiblemente genere igualdad". Entonces se vuelve hacia el nihilismo: "hacia una ideología y praxis que siempre protesta pero nunca propone". Por otra parte, el fundamentalismo islámico es la encarnación de las jerarquías y no podría ser más diferente de los postmodernistas: "el mundo será un lugar justo donde la ley islámica será la única ley, con los musulmanes gobernando sobre los infieles, los hombres sobre las mujeres, y Dios sobre los hombres". Pero postmodernismo y fundamentalismo islámico "no operan como polos opuestos sino como contrapartes en oposición al dominio del individualismo". Los postmodernistas y los mullhas son enemigos naturales, "como lo eran Stalin y Hitler (...) pero su convergencia es tan reveladora del contexto actual como lo fue el pacto Hitler-Stalin en 1939, y por razones similares: pone a dos estrellas normalmente opuestas en conjunción temporaria, y opera como un recordatorio, para el resto de nosotros, de donde estamos parados."

No obstante, albergamos la convicción de que debido al carácter natural de la matriz cultural occidental, todos aquellos que no la comparten están destinados a la subordinación y a ser dominados. O mejor dicho, precisamente porque se trata de una matriz natural, está destinada a prevalecer y a ser compartida eventualmente por la humanidad entera, a pesar de sus muchos enemigos extranjeros terroristas, y a pesar de personajes como Jean Baudrillard y Stanley Fish, que intentan destruirla desde adentro en aras de la fama y la frívola diversión. Para alcanzar esta victoria, sin embargo, el Credo debe ser temporariamente subordinado a los requisitos funcionales de la guerra, como siempre ocurrió cuando Occidente luchó por su supervivencia y supremacía.

Derecho natural por defecto

Para articular nuestro argumento sobre la pertinencia de imponer este “esta do de excepción” que temporariamente suspende algunos derechos y garantías que son parte esencial de la Matriz, debemos ahora regresar al principio. Si tal como se afirmó, la civilización occidental está basada en las premisas de que existe un mundo por fuera de nuestra mente, y que el proceso cognitivo humano permite su comprensión y la comunicación de este conocimiento de un modo que se presta a la acción, puede argüirse que este ámbito “natural” incluye también un conjunto mínimo de elementos normativos. Siguiendo a Hobbes, éstos emergen de la premisa de que la razón de ser de la organización de la vida humana en entidades políticas con diferencias internas de poder radica en los intereses del individuo, que está dotado de un valor trascendente pero requiere un Leviatán para sobrevivir. El Estado se justifica sólo por la necesidad de proteger los derechos inalienables del individuo por medio de un contrato social.

Esta centralidad del individuo en la Matriz nos remite al texto de la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, donde dice: “Sostenemos que estas verdades son evidentes en sí mismas: que todos los hombres fueron creados iguales”. La cláusula “evidente en sí misma” de esta brillante afirmación es crucial. Es evidente en sí misma porque la afirmación opuesta, de que existe una desigualdad esencial entre los individuos humanos, o entre hombres y mujeres, es evidentemente falsa. De la misma manera en que hemos descubierto una epistemología física que permite una creciente manipulación de la naturaleza, la humanidad liberal-secular ha descubierto una epistemología normativa

conducente a un pequeño conjunto de proposiciones normativas que llamamos ‘derecho natural’.

El nuestro es un derecho ‘natural’ en el sentido de que emerge del conocimiento de la naturaleza. De la misma manera en que en el ámbito del conocimiento físico, el deceso de un individuo cuyo cadáver lleva diez años descomponiéndose es evidente en sí mismo, también lo es la ley que sostiene que la vida de la especie humana debe ser preservada. Ambos datos pertenecen al ámbito de la ya mencionada comprensión natural del mundo, o sea del ‘sentido común’. No hay motivo por el que debamos darle más crédito a nuestros sentidos en el ámbito de lo físico que en el normativo. El salto metafísico no es mayor que el de la enunciación de la causalidad frente al problema de la inducción de Hume.

La ley natural establece un puente entre los ámbitos de lo que Es y lo que Debe Ser. Lo que es verdadero según ella pertenece a ambos ámbitos simultáneamente. La vida humana es un hecho empírico y un valor normativo a la vez, en tanto la muerte es una realidad física evidente en sí misma, y el valor supremo de la vida es una verdad normativa que también es evidente en sí misma. Sostener la vigencia de una ley y un derecho natural supone hacer difusa la distinción entre hechos y valores, tan cara a Max Weber y muchos otros de los principales científicos sociales del siglo XX.

Por otra parte, el hecho de que en el curso de la historia, como también en el paisaje de las culturas humanas, encontremos gran variedad de concepciones éticas opuestas, no demuestra que el derecho natural como tal no exista. La ley natural debe ser *descubierta*, como la naturaleza misma. De la misma manera en que en el ámbito de lo que Es, la filosofía clásica se dedicó a la búsqueda de las ‘primeras cosas’ (por ejemplo, el *Big Bang* o el átomo), en el ámbito del Deber Ser la filosofía clásica se lanzó a la búsqueda del ‘camino recto’. El mero hecho de poder buscar el recto camino implica poder alejarse de los dictados de la autoridad tradicional y aceptar los de la razón humana.

Se requirieron milenios para que un segmento de la humanidad vislumbrara la posibilidad de este tipo de saber. Como señaló Leo Strauss:

“Algunos de los más grandes maestros del derecho natural han argüido que si éste es racional, su descubrimiento presupone el cultivo de la razón, y que por ello no

será reconocido universalmente: uno ni siquiera debería esperar un verdadero conocimiento del derecho natural entre salvajes.”³⁶

No podía haber conocimiento del derecho natural en el Antiguo Testamento, porque el descubrimiento de la naturaleza precede al del derecho natural. Como en el caso del ámbito físico, la “costumbre” o “manera” es el equivalente pre-filosófico de la ley natural. Si encontramos más de un camino en la humanidad, la opinión de la humanidad pre-filosófica es que el correcto es “el nuestro”, tal como fuera sancionado por la costumbre ancestral de la propia comunidad. Hasta el descubrimiento de la naturaleza, la autoridad ancestral responde a todas las preguntas referentes al recto camino.

En su *República*, Platón se sobrepuso a este dictado de la autoridad. La discusión sobre derechos naturales comienza cuando Céfalo, el anciano padre, deja a su familia para hacerse cargo de deberes con los dioses, y es su ausencia lo que hace necesaria la discusión.³⁷ Mientras hubo un contacto con los dioses a través del jefe de familia, la discusión era innecesaria. De este modo, los griegos aprendieron a deshacerse de la servidumbre frente a la tradición y coronaron suprema a la razón. Esto no implicó rechazar lo divino sino reconocer que el conocimiento sólo es posible a través del uso de la mente y los sentidos.

Sólo si se duda de la autoridad pueden las “primeras cosas” y el “recto camino” convertirse en objeto de búsqueda. Esto en sí mismo implica un salto colosal en términos del reconocimiento de los derechos del hombre. Aceptar que la humanidad tiene el derecho de desprenderse de los dictados de la autoridad ancestral a través del descubrimiento de la ley natural fue quizás la conquista libertaria más grande de todos los tiempos.

En la historia intelectual de Occidente este logro eventualmente fue objeto de un desvío cuando los padres de la Iglesia Católica combinaron el derecho natural con la teología. Para Tomás de Aquino la ley natural siguió siendo una ley cognoscible por la mente humana sin ayuda de la revelación divina. Pero Aquino arguyó que la razón natural también descubre que la ley natural es insuficiente y apunta más allá de sí misma. De tal

³⁶ Véase Platón, *República*, 456b12-e2, 452a7-8 y e6-d1; *Laches* 184d1-185a3; Hobbes, *De cive*, II, 1; Locke, *Two Treatises of Civil Government*, Libro II, sec. 12, en conjunción con *An Essay on Human Understanding*, Book I, cap. iii. Citados en Leo Strauss, *Natural Right and History*, Chicago y Londres: University of Chicago Press, 1950, pág. 9.

modo la razón natural “descubre” la ley divina, que perfecciona al derecho natural. Así, éste se convirtió en inseparable de la teología natural, y ésta a su vez en inseparable de la teología revelada, ingeniosamente retrocediendo a la etapa pre-filosófica. Con estos argumentos la teología absorbió al derecho natural hasta la Ilustración, cuando bajo la égida de Thomas Hobbes, John Locke y Benedict Spinoza, la concepción moderna de la ley natural recuperó la cualidad libertaria del concepto griego.

Los Derechos Universales del Hombre, que vinculan las revoluciones norteamericana y francesa con las Naciones Unidas, jamás podrían haber sido acuñados sin esta Matriz libertaria. Ella fue hallada, se extravió una y otra vez, fue redescubierta tantas veces como se hubo perdido, y permanece en el trasfondo de todas las mentes humanas para ser develada por cualesquier sociedad o cultura que todavía no lo haya hecho. Pero existe un solo derecho natural y no hay lugar para la coexistencia con otro a no ser que sea por razones pragmáticas.

Nuestras Proposiciones A y B no son concepciones opuestas del derecho natural.³⁷ La Proposición A no es derecho natural en absoluto sino la afirmación de que éste no existe excepto para las culturas establecidas como tales, que pasan así a ser sujetos de derecho, reemplazando al individuo. Este es un caso en que la ley natural se encuentra en estado de guerra ideológica con un relativismo extremo y arbitrario, que paradójicamente resulta aliado de las interpretaciones pre-filosóficas de la ley divina, las escrituras o su equivalente, en sí mismas enemigas de la Proposición B. Esta *guerra natural* posee todo el potencial de una guerra total, porque los contrincantes sostienen posiciones irreconciliables acerca del más relevante de todos los asuntos humanos. Si permanece en estado potencial o se desencadena una beligerancia holocáustica dependerá de circunstancias y oportunidad, pero tarde o temprano el conflicto está destinado a escalar, con uso pleno de armas de destrucción masiva, a no ser que la proliferación de éstas sea efectiva y rápidamente contenida por las potencias occidentales.

³⁷ Una descripción metafórica similar se encuentra en sus *Leyes*, donde la discusión sobre la ley natural sutilmente reemplaza a un viaje a la caverna de Zeus, el destino original de los disputantes. El lector no se entera si llegan o no. La búsqueda a través de la razón ha reemplazado al viaje en busca del dios.

³⁸ En aras de la simplicidad incurrí en esta imprecisión en otra publicación (C. Escudé, “Natural Law at War”, *Times Literary Supplement*, N° 5174, 31 de mayo de 2002). Si aceptamos que puede haber concepciones opuestas de la ley natural, la ejecución de obedientes funcionarios nazis respetuosos de su propia ley fue criminal.

Ciertamente, la lapidación de mujeres acusadas de adulterio y la amputación de los miembros de pequeños delincuentes son crímenes contra el derecho natural, no obstante lo cual estas atrocidades están plenamente legitimadas como actos de justicia en algunas (aunque no en la mayoría) de las culturas y marcos jurídicos islámicos. La instancia es análoga a la del derecho positivo nazi, que obligaba a Eichmann a instrumentar órdenes conducentes a la “solución final”. Aunque ambos casos han sido interpretados como mandatos de algún derecho natural, en la realidad representan una cabal ignorancia de la ley natural y un desconocimiento pre-científico de la naturaleza humana. A alegatos de que los códigos legales del nazismo y el fundamentalismo islámico son apenas otras tantas interpretaciones del derecho natural, respondemos una vez más que sólo puede existir un único derecho natural. Casos como el de Eichmann (que era un ciudadano respetuoso de la ley y un funcionario dedicado al cumplimiento de su deber frente a un régimen político legal) no pueden ser condenados a no ser que rechacemos el relativismo cultural como hicieron, entre otros, Alain Finkielkraut en *La Défaite de la Pensée* (1987), Hannah Arendt en *The Origins of Totalitarianism* (1951) y Julien Benda mucho antes en su clásico *La Trahison des Clercs* (1926).³⁹ Que los relativistas culturales extremos no consideren a la lapidación y la amputación crímenes en sí mismos, porque creen que deben ser evaluadas según los parámetros culturales de donde emergen, es la derrota no sólo del pensamiento sino de la ética misma. Conduce sin escalas al nihilismo, y esta es una de las razones por las que debemos recalar en el derecho natural a pesar de las tensiones que este concepto genera en el plano de la lógica, bien conocidas por todos sus defensores.

Esta solución implica tolerancia hacia todo excepto la intolerancia. Pero esta mínima intolerancia debe necesariamente condenar las leyes positivas que violan el derecho natural, independientemente del contexto cultural de donde hayan emergido. Si no afirmáramos esto justicieramente, perderíamos nuestro sagrado derecho a la revuelta contra formas extremas de injusticia en el seno de nuestras propias sociedades, sacrificando asimismo la noción del crimen de obediencia.⁴⁰ El derecho a la revuelta, que corre paralelo a la obligación de desobedecer incluso leyes constitucionales cuando violan el derecho

³⁹ Alain Finkielkraut, *La Défaite de la Pensée*, Paris: Gallimard, 1987 ; Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1979; y Julien Benda, *La Trahison des Clercs*, Paris: J.-J. Pauvert, 1965.

natural, se perdería si no afirmáramos que hay un y sólo un derecho natural. Este puede ser el motivo por el cual, aunque Occidente está repleto de relativistas culturales, muy pocos de los intelectuales que tuvieron que huir de los nazis o estuvieron en contacto cercano con el Holocausto son relativistas. El caso paradigmático es el de Einstein, padre de la teoría de la relatividad, quien admitió abiertamente no ser un relativista cultural.

Pero ningún derecho positivo podría consagrar jamás el derecho a la revuelta de Locke (sostenido mucho antes que él por Aquino, Suárez y casi todos los principales escolásticos), porque ningún Estado sancionará jamás leyes que establezcan que su propio derrocamiento puede ser legítimo. Por lo tanto, o el derecho a la revuelta es un derecho natural, o no es un derecho en absoluto. Si lo perdemos sucumbimos a la tiranía.

Elogio del doble estándar

Debemos por tanto aceptar que existe una y solamente una ley natural, por defecto. Si no lo hiciéramos, aceptaríamos la tiranía por defecto, ya que renunciaríamos a nuestro derecho natural a rebelarnos contra leyes positivas injustas. Pero porque hay tal cosa como una *historia natural de los derechos humanos* (es decir, una necesaria sucesión de etapas en la implantación histórica de los mismos), *un Estado hegemónico debe considerarse autorizado para desviarse de la norma cuando emerge una necesidad imperativa*. Por ejemplo, debe considerarse libre de no cumplir con la ley natural que le obligaría a intervenir en los asuntos internos de Arabia Saudita a los efectos de prevenir violaciones de derechos humanos, si debido a razones estratégicas una intervención resultara en detrimento de su poder (que hace posible la defensa global de derechos humanos aunque sólo sea de manera selectiva). De la misma manera, si en el caso de prisioneros tomados en la guerra de Afganistán se considera probable que los efectos propagandísticos de los juicios públicos prescriptos por la Tercera Convención de Ginebra habrían de generar miles de nuevos terroristas, la superpotencia debe considerarse exenta de cumplir con esa estipulación.

Por cierto, históricamente hay mucho que puede decirse a favor de los estándares dobles en la aplicación de la ley natural de los derechos humanos. Es a través de un

⁴⁰ Sobre el tema véase, por ejemplo, Herbert C. Kelman y V. Lee Lawrence, *Crimes of Obedience: Toward a Social Psychology of Authority and Responsibility*, New Haven: Yale University Press, 1989.

mecanismo de doble estándar como la humanidad ha dado pasos gigantescos en la esfera de la ética cívica. Se trata de la tecnología más sofisticada para el progreso moral de las sociedades, y como tal constituye un triunfo de nuestra epistemología natural.⁴¹

Por ejemplo, en el campo del tráfico y explotación de esclavos el campeón del abolicionismo fue la Gran Bretaña del siglo XIX, que previamente había sido uno de los más entusiastas de los imperios coloniales esclavistas. Cuando gracias a la Revolución Industrial se encontró cincuenta años por delante de sus competidores más cercanos, su clase dirigente llegó a la conclusión de que la esclavitud ya no era funcional para su capitalismo, y que no tenía sentido que sus competidores cosecharan ventajas de un sistema inmoral que ya no le servía al Imperio Británico. Aunque siempre había habido abolicionistas en Inglaterra, sólo entonces se dieron las circunstancias para que pasaran de los márgenes al centro de la escena política. Desde ese momento, los británicos se lanzaron a una campaña que incluyó negociación de tratados, violación de los mismos y piratería lisa y llana (cuando los buques de potencias amigas fueron abordados por la fuerza para verificar que no transportaran esclavos).⁴² En esta campaña repetidamente incurrieron en estándares dobles, tratando a Estados fuertes con más cuidado que a otros más débiles. No obstante, el uso de un estándar doble fue incomparablemente preferible a la única alternativa real, que hubiera sido abandonar el esfuerzo por abolir la esclavitud, si se hubiera optado por la consistencia en las medidas adoptadas frente a circunstancias diversas.⁴³

No solamente esto: los mismos británicos no hubieran poseído el poder requerido para propiciar el abolicionismo si no hubieran recurrido a las ventajas del trabajo esclavo en la fase previa de su historia económica. Si hubieran renunciado a la explotación de esclavos

⁴¹ Resulta pertinente recordar que existen abundantes investigaciones en torno de la moral como producto del proceso evolutivo. Véase, por ejemplo, Leonard D. Katz (comp.), *Evolutionary Origins of Morality: Cross-Disciplinary Perspectives*, Thorverton, Reino Unido y Bowling Green, OH: Imprint Academic, 2000.

⁴² Véase Leslie Bethell, *The Abolition of the Brazilian Slave Trade*, Cambridge UK: Cambridge University Press, 1970; L. Bethell (comp.), *Brazil: Empire and Republic, 1822-1930*, Cambridge UK: Cambridge University Press, 1989; Alan K. Manchester, *British Preeminence in Brazil: its Rise and Decline*, Nueva York: Octagon Books 1972.

⁴³ Algo parecido puede argüirse acerca de los esfuerzos norteamericanos por exportar al extranjero sus principios de derechos humanos. Véase C. Escudé, "Argentina: The Costs of Contradiction", en *Exporting Democracy: The United States and Latin America*, Abraham F. Lowenthal (comp.), Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1991.

dos siglos antes sólo hubieran conseguido abortar su propio poder, volviéndose impotentes para la promoción de cualquier causa de derechos humanos.

Como se dijo antes, hay una historia natural de los derechos humanos, que está vinculada inexorablemente al tic-toc de un reloj mundial que mide el desarrollo tecnológico global. Si la más liberal de las potencias librara campañas de derechos humanos antes de tiempo, perdería en la competencia con Estados menos liberales, para detrimento del avance moral de la humanidad.

Afortunadamente ese no fue el caso británico, y hacia 1889 la campaña del Reino Unido por abolir la esclavitud ya había sido coronada por el éxito en la mayor parte del mundo. Es de esperar que lo mismo pueda decirse eventualmente acerca de los actuales esfuerzos norteamericanos por limpiar al planeta del mega-terrorismo de suicidas místicos asesinos. El éxito en estas buenas causas requiere tanto un cuidado extremo por mantener y acrecentar el propio poder de la hiperpotencia, como una disposición a acudir a los estándares dobles.

Hacia una historia natural de los derechos humanos

Un caso análogo, de violación sin injusticia de los derechos humanos, justificable en términos de la historia natural de esos derechos, puede plantearse para las etapas tardías de la Segunda Guerra Mundial y la temprana posguerra. Algunas ciudades alemanas fueron bombardeadas con artefactos incendiarios, con el único propósito de quebrar la moral de los civiles. Lo que sigue es la descripción de W.G. Sebald del bombardeo de Hamburgo del 27 de julio de 1943, llevado a cabo por la Royal Air Force con el apoyo de la Fuerza Aérea del Tercer Ejército de los Estados Unidos:

‘Comenzando a la una de la mañana, diez mil toneladas de altos explosivos y bombas incendiarias fueron lanzadas sobre las zonas residenciales altamente pobladas al Este del Elba (...). Primero todas las puertas y ventanas fueron arrancadas de sus marcos, luego los pisos de los altillos se encendieron con mezclas incendiarias livianas, y simultáneamente bombas de fuego de hasta quince kilos cayeron sobre los pisos inferiores. A los pocos minutos gigantescos incendios devoraban toda la zona, que cubría unos veinte kilómetros cuadrados, y se fusionaron tan rápidamente que apenas un cuarto de hora después de la caída de las

primeras bombas todo el espacio aéreo era un mar de llamas que llegaba hasta donde los ojos podían ver. Unos cinco minutos más tarde (...) se desató una tormenta de fuego de una intensidad que nadie antes había supuesto posible. El fuego, que ahora ascendía dos mil metros hacia el cielo, capturaba oxígeno de una manera tan violenta que las corrientes de viento alcanzaron fuerza huracanada (...). El fuego ardió así durante tres horas. (...) Detrás de las casas que se derrumbaban, las llamas (...) rodaban por las calles como olas de maremoto a velocidades de más de ciento cincuenta millas por hora, y cruzaban sobre plazas abiertas con extraños ritmos, como cilindros de fuego. El agua de algunos canales estaba incendiada. (...) Distritos residenciales tan grandes que su longitud total de calles ascendía a unos doscientos kilómetros fueron totalmente destruidos. (...) Los refugiados, un millón y medio, se dispersaron por todo el Reich, llegando hasta sus fronteras externas.”⁴⁴

Este hecho y otros parecidos, horrendos y en apariencia criminales, no ganaron la guerra para los Aliados, pero contribuyeron crucialmente a la estabilidad de posguerra. La población alemana recibió un poderoso mensaje: de ser necesario, los vencedores acudirían al genocidio. La resistencia en la posguerra sería completamente autodestructiva.

En Hiroshima y Nagasaki se envió el mismo mensaje de manera aún más rotunda. El objetivo estratégico era aniquilar la oposición nazi-fascista a la Proposición B⁴⁵ de manera que no sobreviviera a la derrota militar de las fuerzas del Eje. Para alcanzarlo, los campeones de la Proposición B (v.g., los derechos humanos universales) enviaron a sus enemigos el mensaje de que recurrirían a la exterminación masiva sin pestañear si la resistencia continuaba (un mensaje, dicho sea de paso, que—no sin consecuencias—estuvo

⁴⁴ W.G. Sebald, *On the Natural History of Destruction*, New York: Random House, 2003, pp. 26-29. Para un estudio de violaciones de los derechos humanos de los alemanes en la posguerra, véase James Bacque, *Crimes and Mercies: The Fate Of German Civilians Under Allied Occupation, 1944-1950*, Londres: Little Brown, 2003. Para un tratamiento de atrocidades comunistas contra alemanes en la posguerra, véase Alfred-Maurice De Zayas y Charles M. Barber, *A Terrible Revenge: The Ethnic Cleansing of the East European Germans, 1944-1950*, Nueva York: St. Martin's, 1994. Para la cuestión del bombardeo aliado de blancos civiles alemanes cuando la guerra estaba ganada, y el sufrimiento de los civiles alemanes en general, véase Hermann Knell, *To Destroy a City: Strategic Bombing and Its Human Consequences in World War II*, Nueva York: Da Capo, 2003.

⁴⁵ Al igual que el fundamentalismo islámico en nuestros días, el nazi-fascismo fue un aliado potencial de nuestra Proposición A, ya que no reconocía un conjunto de derechos humanos universales. En tanto afirmaba la superioridad de un subconjunto de la especie humana definido en términos biológicos al que titulaba “faza de señores”, se asemejaba al extremismo islámico, que supone que los seguidores de Mahoma deben gobernar. La guerra contra el nazi-fascismo fue una guerra natural de la era moderna, análoga pero diferente de la guerra natural de tiempos neomodernos.

ausente frente a los iraquíes en la guerra y posguerra de 2003). Fue este mensaje lo que hizo posible que posteriormente los Aliados pudieran abstenerse de cometer genocidio en una escala mucho mayor, a la vez que eliminaron de los asuntos humanos al nazi-fascismo. Gracias a ello, el mundo fue un lugar mejor durante el medio siglo subsiguiente.

Para asegurar este resultado, sin embargo, se establecieron los Tribunales de Nüremberg, a fin de someter a juicio a los criminales de guerra nazi por la violación del derecho natural de la Proposición B, aunque no hubieran violado ningún derecho positivo y sólo hubieran cumplido con su obligación legal de cumplir las órdenes de sus superiores. Algunos fueron ejecutados. Como es obvio, tal procedimiento jurídico no fue empleado frente a los hombres responsables del bombardeo nuclear de Hiroshima y Nagasaki. La violación selectiva de derechos humanos, y la aplicación de un doble estándar en el establecimiento de procedimientos legales contra los perpetradores de crímenes contra la humanidad, fue el mecanismo más efectivo para el triunfo de los derechos humanos en esa etapa de su historia natural.

El Consejo de Seguridad como antesala del Imperio

Simultáneamente, los vencedores habían establecido una organización intergubernamental para administrar los principales problemas interestatales en la posguerra. Esta organización excluyó en una primera etapa a los vencidos y portó el nombre de la coalición triunfante: las ‘Naciones Unidas’, nombre oficial del bando aliado. Se creó un Consejo de Seguridad oligopólico con cinco miembros permanentes dotados de poder de veto y con la potestad de intervenir militarmente en cualquier lugar del mundo si la seguridad interestatal lo ameritaba. Estos cinco no eran sino las grandes potencias del bando triunfante en la contienda mundial: están allí por derecho de conquista. La estructura del Consejo que integran refleja una estructura de poder: la del mundo en 1945. El derecho de Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia, China y Francia de ser los virtuales dueños del Consejo proviene de su uso exitoso de la fuerza, y no podría ser de otra manera porque en los momentos fundacionales el derecho proviene del orden y no el orden del derecho.

Posteriormente, estas Naciones Unidas intentaron, con mayor o menor éxito, legislar para el mundo y sentar jurisprudencia. La amnesia que caracteriza a las poblaciones humanas en los plazos históricos medianos y largos se asentó, y la inmensa mayoría de la

gente educada olvidó que las Naciones Unidas fueron el emergente de un hecho de fuerza. Durante décadas pudieron administrar algunos problemas mundiales constructivamente, de manera que esta organización, nacida de los genocidas bombardeos de Hamburgo, Dresden, Hiroshima y Nagasaki, realizó algunos aportes valiosos para la humanidad. Una vez más, un derecho engendrado por la fuerza y la conquista fue aplicado contra nuevos transgresores de manera selectiva, de modo que prevalecieron dobles e incluso múltiples estándares. Esto fue para beneficio de una humanidad que hubiera quedado impotente frente a la tiranía y la agresión si se hubiera optado por la consistencia, de manera de sancionar todas las tiranías o ninguna, todas las agresiones o ninguna.

Pero como la estructura del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas refleja una estructura de poder, tuvo sentido mientras ésta mantuvo alguna medida de vigencia. En cuanto perdió actualidad su caducidad estuvo asegurada. Simplificando, se puede decir que la Organización de las Naciones Unidas fue creada por la violencia victoriosa de Estados Unidos, en circunstancias de posguerra en que había emergido una bipolaridad. En cuanto la bipolaridad cedió a la unipolaridad porque la Unión Soviética colapsó y Estados Unidos alcanzó un predominio militar abrumador,⁴⁶ las Naciones Unidas se volvieron anacrónicas. Lo esperable y seguramente deseable es que en estas circunstancias Estados Unidos recurra al unilateralismo o a coaliciones ad hoc toda vez que la solución que propugna para un problema de seguridad prioritario no encuentre consenso en el Consejo. Este estándar doble no es diferente ni más escandaloso que los anteriores de toda la historia.

A partir de la experiencia, resulta claro que el progreso ético en escala global, y también el mantenimiento de niveles aceptables de seguridad mundial (que deviene en imperativo categórico en una era de proliferación de armas de destrucción masiva) requieren de la sabia administración de dobles estándares de parte de una potencia hegemónica, no sólo a través de la coacción selectiva para evitar la agresión internacional y asegurar la vigencia del derecho natural en otros Estados, sino también a través de ocasionales violaciones de estas normas por parte de la misma superpotencia. Aquí cobra vigencia el decir de Carl Schmitt: ‘El soberano está afuera del orden jurídico y, no obstante, pertenece al mismo, ya que depende de él decidir si la constitución ha de ser

⁴⁶ Ver Paul Kennedy, ‘The eagle has landed’, *Financial Times*, 1 de febrero de 2002, y Michael Ignatieff, ‘The American Empire (Get Used To It)’, *New York Times Magazine*, 5 de enero de 2003.

suspendida *in toto*”. Más allá de la letra del derecho positivo, desde tiempos de Grocio sabemos que esta “paradoja de la soberanía” se reitera en todo momento de excepción y en toda situación fundacional.⁴⁷

En la etapa actual de la historia natural del sistema-mundial, esta legítima licencia para desviarse de vez en cuando de la norma de no-agresión y del mismísimo derecho natural, tanto en su territorio como en el exterior, en aras de la preservación de su propio poder, debe limitarse a un solo Estado⁴⁸ con poder avasallante y extraordinario potencial para establecer las reglas de juego del sistema interestatal.⁴⁹ La libertad para lanzar guerras preventivas y violar el derecho natural no puede generalizarse sin que se desate el caos y se renuncie por completo al progreso moral. Preferiblemente, este Estado ha de ser una hiperpotencia hegemónica de matriz liberal-secular. Su autoridad, que es natural, incluye el derecho de librar una guerra justa contra un enemigo de la humanidad.

Por otra parte, parece razonable conjeturar que cuanto mayor sea la concentración de poder en cuestiones pertinentes para la guerra y la paz mundial, menor será la necesidad de la hiperpotencia de aplicar estándares dobles en su política de derechos humanos. La historia natural de los derechos humanos bien podría incluir un “punto omega” en que un Leviatán global ya no tendrá la necesidad funcional de violar estas normas.

Un “punto omega”

Por cierto, en el contexto histórico de una era de proliferación de armas de destrucción masiva, una concentración del poder interestatal en un solo polo parece ser la

⁴⁷ C. Schmitt, *Politische Theologie* (1922), cf. Giorgio Agamben, *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*, Stanford, CA: Stanford University Press, 1998, pág. 15. Grocio fue uno de los precursores de la teoría del estado de excepción, que libera al Estado del imperativo de proceder según códigos éticos. En la actualidad, una opinión similar con sus propios matices es expresada (entre otros) por Alan Dershowitz, con quien concuerdo. Libertario profesor de Harvard y quizá el abogado más famoso de los Estados Unidos, considera que el uso de la tortura debe ser reglamentado para casos extremos y con orden de un juez.

⁴⁸ Esta doctrina no tiene nada de revolucionario: sólo limita a un Estado el derecho que Grocio le reconocía a todos los Estados en condiciones de excepción.

⁴⁹ La vigencia de un sistema interestatal con una estructura incipientemente jerárquica en la que existen tres tipos de Estados con funciones diferenciadas, esto es, Estados generadores de las reglas del juego, Estados tomadores de reglas y Estados rufianes (que se definen como aquellos sin capacidad para establecer reglas pero que no obstante desafían las reglas establecidas por los poderosos), está desarrollada en C. Escudé, *Foreign Policy Theory in Menem's Argentina*, Gainesville: University Press of Florida, 1997, y en *El Realismo de los Estados Débiles*, Buenos Aires: GEL, 1995. También se encuentra resumidamente en C. Escudé, "An Introduction to Peripheral Realism and its Implications for the Interstate System: Argentina and the Cóndor II Missile Project", publicado en Stephanie Neuman (comp.), *International Relations Theory and the Third World*, Nueva York: St. Martin's Press, 1998.

única manera de aumentar la probabilidad de supervivencia de la especie y de afianzar su progreso moral.⁵⁰ Esto fue percibido claramente en fecha tan temprana como 1969 por una pensadora de signo tan liberal como Hannah Arendt:

“La principal razón porque la guerra aún está con nosotros no radica en un secreto deseo de muerte de la especie humana, ni en un irreprímible instinto de agresión, ni (...) en los serios peligros sociales y económicos inherentes al desarme, sino en el simple hecho de que aún no ha emergido en la escena política un árbitro final de los asuntos humanos. ¿Acaso no tenía razón Hobbes al decir que ‘los tratados sin la espada no son sino palabras’? Ni es probable que aparezca un sustituto [a la guerra] mientras la independencia nacional, entendida como la ausencia de dominación extranjera, no se desvincule de la soberanía del Estado, es decir, de la pretensión de una autonomía absoluta en los asuntos exteriores.”⁵¹

No he encontrado mejor justificación del ‘Imperio’ que el provisto por Arendt. Su argumentación no está contaminada por los cálculos políticos de los autores que en el siglo XXI escriben sobre el tema. Sólo su inteligencia condiciona su prosa, porque en su mundo de la Guerra Fría la posibilidad de que Estados Unidos se constituyera en Imperio era inimaginable. Lo que nos está diciendo en el párrafo citado es que para que prevalezca una paz duradera (el objetivo esencial para la supervivencia humana en la era de armas de destrucción masiva), un Leviatán global respetuoso de los gobiernos locales debe surgir para administrar la seguridad interestatal.⁵² Pero porque muchos Estados no están

⁵⁰ El advenimiento de las armas de destrucción masiva y su proliferación desbarata más de un planteo filosófico. El rechazo de Isaiah Berlin de los planteos monistas es un ejemplo de pensamiento que debe descartarse. El monismo supone que los diversos valores que la humanidad esposa son, en última instancia, armoniosos. Es fácil rechazar el monismo marxista, emergente de la idea de que la historia avanza irremediamente hacia la sociedad sin clases. Otra cosa muy distinta es rechazar un monismo proveniente de la realidad empírica de una humanidad que marcha hacia su autodestrucción. La posibilidad cierta de un holocausto humano jerarquiza los valores, que convergen en el valor supremo de la supervivencia de la especie. El monismo es se impone. Una vez más, la realidad se reconstruye a partir de la posibilidad de la muerte. El rechazo de Berlin del monismo puede consultarse en I. Berlin, *Four Layers of Liberty*, Londres: Oxford University Press, 1969, pág. 169.

⁵¹ Hannah Arendt, *On Violence*, Chicago : University of Chicago Press, 1969, pág. 9. Para una de las más inteligentes defensas recientes de un neo-imperialismo liberal, véase Robert Cooper, *The Breaking of Nations : Order and Chaos in the Twenty-First Century*, Boston, MA: Atlantic Monthly Press, 2004.

⁵² Unas páginas antes del párrafo citado, en palabras cargadas de triste resignación, Arendt presenta una descripción oscuramente poética de la anarquía de la política mundial: ‘Hablar de ‘la prioridad del potencial bélico como la principal fuerza estructurante de la sociedad’, (...) concluir que ‘la guerra misma es el sistema social básico’ (...) suena factible. (...) En vez de ser la guerra ‘una extensión de la diplomacia (o de la política, o de la búsqueda de objetivos económicos), la paz es la continuación de la guerra con otros métodos.’ *Ibid.*, pág. 5.

dispuestos a ceñirse a las normas de no-proliferación (insistiendo en lo que Arendt llama ‘la pretensión de una autonomía absoluta en los asuntos exteriores’), una gran guerra preventiva debe ser librada con anterioridad. Como recuerda Giorgio Agamben, la constitución de la soberanía es necesariamente violenta. Y una especie humana globalizada por la tecnología, que debe enfrentar problemas de orden planetario que son de vida o muerte, requiere un soberano universal. Esta fase final de la historia natural de la conquista es, en todos los sentidos, revolucionaria.⁵³

En tales circunstancias, el derecho a la tutela del mundo por parte del victorioso hegemón no será diferente del que tuvieron los cinco aliados triunfantes en la Segunda Guerra, cuando se constituyeron en Consejo de Seguridad como miembros permanentes con poder de veto y la potestad de intervenir militarmente en cualquier rincón del planeta.⁵⁴ El derecho del Imperio no provendrá de fuente menos legítima que la que en su momento originó el derecho de las Naciones Unidas. Pero puede ser mucho más efectivo y resultar imprescindible para la supervivencia humana.

Como podrá apreciarse, esta justificación del Imperio no está acuñada en términos de los intereses de los Estados Unidos sino en función de los de una humanidad amenazada por el desarrollo de armas de destrucción masiva, y por la consiguiente necesidad de prevenir futuras guerras totales a cualquier costo.⁵⁵ Nuestra perspectiva es cosmopolita. Está anclada en términos muy diferentes de la visión Cheney-Rumsfeld-Wolfowitz-Perle⁵⁶

⁵³ La diferencia esencial entre esta posible conquista norteamericana y la frustrada conquista napoleónica radica, por supuesto, en sus diferentes momentos del reloj-mundial. Con la especie humana globalizada, las reflexiones sobre el ‘poder constituyente’ originalmente acuñadas en referencia a órdenes internos se vuelven aplicables al orden mundial. Hasta se puede leer la obra de Antonio Negri sobre *Il Potere Costituente* (Milan: SugarCo, 1992) como una metáfora del advenimiento del Imperio.

⁵⁴ Según estipula el Capítulo 7 de la Carta de las Naciones Unidas.

⁵⁵ Los peligros que enfrentan el medio ambiente y la biosfera son razones igualmente poderosas para alentar una concentración de poder global que imponga medidas conservacionistas. En este trabajo no nos concentraremos en el tema, sin embargo, porque debido a la insensibilidad del gobierno de Estados Unidos frente a la cuestión, estamos aún más lejos de una solución que en el caso de la proliferación de armas de destrucción masiva. De cualquier manera, lo urgente es la constitución del Leviatán. Cuando la crisis del medio ambiente se agrave, deberá enfrentar el problema. Esperemos que no sea tarde.

⁵⁶ La referencia es al ‘Proyecto para un Nuevo Siglo Americano’ (*Project for a New American Century*). El documento citado con mayor frecuencia como plan maestro de esta concepción del interés de los Estados Unidos es el famoso memorial titulado ‘Guía para el Planeamiento de la Defensa’ (*Defense Planning Guidance*), un trabajo secreto de 46 páginas preparado por Paul Wolfowitz (Subsecretario de Políticas de Defensa en la administración de George Bush padre y Secretario de Defensa Alterno bajo George W. Bush) y I. Lewis Libby (Principal Subsecretario Alterno para la Estrategia y los Recursos durante el gobierno de Bush padre, y jefe de gabinete del vicepresidente Cheney bajo Bush hijo). El papel fue filtrado al *Washington Post* y al *New York Times* el 11 de marzo de 1992. El documento refleja declaraciones públicas previas de Richard

del papel norteamericano en el mundo, aunque exista cierta convergencia en sus consecuencias normativas. No está basada en los objetivos norteamericanos sino en una concepción de lo que ese papel *debería* ser, dado el hecho de que necesitamos un Leviatán global y Estados Unidos es el único candidato para el rol. Esto no es necesariamente de nuestro agrado. Es el proceso histórico y no nuestra voluntad lo que ubicó a Estados Unidos en su posición actual, en esta hora de peligro para la humanidad. Recordando a Borges, no nos une el amor sino el espanto. Los norteamericanos están obligados a un imperativo categórico kantiano: *deben* desempeñar esta función, les guste o no. *Deben* librar guerras preventivas para eliminar armas de destrucción masiva en los Estados rufián más peligrosos. *Deben* impedir que incluso aliados cercanos compitan con ellos por el poder militar, porque las relaciones amistosas de hoy pueden convertirse en la guerra fría del mañana, y eventualmente en la futura guerra global total y el holocausto final. En toda su historia registrada, esta es la única ocasión en que la humanidad se ha aproximado a la posibilidad de constituir un Leviatán global. Porque en todos los siglos se ha producido por lo menos una guerra total, y porque con el desarrollo de armas de destrucción masiva la próxima significará el fin del mundo, la ocasión no debe desperdiciarse.⁵⁷

Desde la Argentina, hemos cumplido con nuestro imperativo categórico periférico, contribuyendo a la seguridad de la especie. Cuando en la década de 1990 desactivamos

B. Cheney y el general Colin L. Powell cuando eran respectivamente Secretario de Defensa y jefe del Estado Mayor Conjunto de la administración de Bush padre.

⁵⁷ Mi agradecimiento a Devid Sheinin por haberme referido a la radicalizada ensayista canadiense Ellen Meiksins Wood (*Empire of Capital*, London & New York: Verso, 2003). Muchos autores, entre ellos la citada, se preguntan “¿quién custodiara a los custodios?” Por cierto, ¿quién custodia a los custodios al interior de los Estados? Se responderá que un parlamento y un poder judicial. Se necesitaron siglos para desarrollarlos. ¿Cuánto se requerirá para que el Leviatán global desarrolle sus propios custodios internos de un mega-Estado global? Quizá siglos, quizá menos, pero es todo parte de la historia natural del sistema-mundial. Mucho más alarmante que la perspectiva de carecer de custodios del custodio por tiempo indeterminado, es la posibilidad de que nuestra especie no desarrolle este Leviatán global para hacerse cargo de asuntos que son globales y entrañan peligros inminentes. Siguiendo la lógica de Hobbes, en una era de armas de destrucción masiva se requiere un Leviatán global por un motivo análogo al que hizo necesarios leviatanes de menor magnitud en épocas anteriores, que impidieron que las vidas de los individuos fueran “*nasty, brutish and short*”. Ahora es la especie humana como un todo que enfrentará la extinción a no ser que ese Leviatán sea constituido. En su nacimiento se desencadenará toda la violencia que, como nos recuerdan Agamden y Schmitt, está presente en los momentos constituyentes. Por otra parte, la necesidad de enfrentar problemas medioambientales, que pronto se reconocerá perentoria, probablemente genere un impulso hacia el gobierno autoritario y el unilateralismo. ¿De qué otra manera se va a lidiar con individuos, empresas y Estados transgresores? Esto también es parte de la historia natural. El pentágono ya advierte que el cambio climático es un problema de seguridad para Estados Unidos. Progresistas del mundo entero vienen clamando desde hace décadas por que se reconozca el problema. Pronto lo lamentarán. La próxima fase de la historia

nuestro proyecto de misil balístico y adherimos al Tratado de No Proliferación Nuclear, abdicamos a nuestro derecho soberano a desarrollar armas de destrucción masiva. También arrinconamos diplomáticamente a Brasil, que cedió a las presiones de Washington firmando el Tratado. Quienes asesoramos a Guido Di Tella abogamos exitosamente por estos resultados no para que India y Pakistán pudieran tener sus bombas sino para facilitar la tarea norteamericana de impedirlo. Al desarmarnos adjudicamos a Estados Unidos una medida adicional de poder. Se les debe exigir moralmente *que lo usen*. La abdicación del realismo periférico es la otra cara de la moneda del Imperio, porque abogar por el desarme universal sería caer en el utopismo.

Hasta ahora, Estados Unidos viene fracasando en su esfuerzo contra la proliferación. El error de su política no estriba en la doctrina de la guerra preventiva sino en su timidez para instrumentarla.

El fin de la historieta

Cuando conjeturé que el fin de la historia se acercaba, Fukuyama estaba intuitivamente en lo cierto a pesar de que era errado su razonamiento acerca de que su advenimiento sería el producto del triunfo del capitalismo sobre el comunismo. Una era caracterizada por el advenimiento de armas de destrucción masiva estaba destinada a llegar, en algún momento de la evolución humana, por el simple motivo de que el avance y la acumulación de la ciencia y la tecnología es una de las pocas constantes antropológicas de la historia. El ser humano raramente des-inventa nada. Cuando la Edad de Bronce dio lugar a la Edad de Hierro nunca más volvimos a luchar con armas de bronce. Y cuando en 1945 se inventó la bomba atómica, ésta se quedó entre nosotros. Lo mismo es tristemente cierto respecto de otras armas de destrucción masiva. Es todo parte de la historia natural de la destrucción.⁵⁸

humana probablemente esté más cerca de la dictadura que de la democracia liberal en el mundo entero. Véase 'Now the Pentagon tells Bush: climate change will destroy us', *The Observer*, 22 de febrero de 2004.

⁵⁸ Al decir de Wallerstein, existieron algunos grandes puntos de inflexión en la historia humana, como el neolítico (o revolución de la agricultura). Hubo varias otras inflexiones, entre las que yo enfatizaría las más recientes: la expansión ibérica a ultramar del siglo XV (que marca el comienzo de lo que Wallerstein llamó el sistema-mundial moderno), y ambos el bombardeo de Hiroshima y los ataques terroristas de septiembre de 2001 (que en forma conjunta simbolizan el advenimiento de una era de armas de destrucción masiva y de lo que yo llamo sistema-mundial neomoderno).

El mismo razonamiento puede aplicarse a la ‘globalización’: más allá del proceso que hizo triunfar al capitalismo sobre sistemas económicos alternativos, e independientemente de cuál fuera el sistema que en última instancia triunfara, debido al avance de la tecnología el planeta Tierra eventualmente se convertiría en una sola unidad. Una civilización no-tecnológica no hubiera podido prevalecer en el largo plazo humano, porque tarde o temprano hubiera emergido una cultura tecnológica que la hubiera conquistado gracias al poder que emana de la manipulación de la naturaleza posibilitada por la ciencia y la técnica.

Más aún, mientras los aspectos políticos, comerciales y financieros de la globalización actual son reversibles, la globalización de los medios de destrucción es absolutamente irreversible. Hasta podría decirse que las fuerzas que hicieron inevitables a estos fenómenos derivan del código genético del *homo sapiens*.⁵⁹ Por cierto, la mayoría de los relativistas y postmodernistas están equivocados en este punto. Es por el hecho empírico del desarrollo de armas de destrucción masiva que debemos revertir hacia un paradigma evolutivo en las ciencias sociales.

Una vez más nos topamos con la reconstrucción letal de la realidad. La economía-mundial capitalista de la que habla Wallerstein ciertamente no fue inevitable, pero tanto el advenimiento de las armas de destrucción masiva como la globalización sí lo eran, más tarde o más temprano, y una vez engendradas estarían con nosotros para siempre siendo la alternativa el Apocalipsis.⁶⁰ Una vez traspasado este umbral, la alternativa no era ni puede ser ‘post-América’, como predijo y seguramente deseó Wallerstein.⁶¹ Es post-humana.

⁵⁹ Evidentemente discrepo con Wallerstein en su creencia de que “no existe una línea secular inevitable de la historia humana” (*op. cit.* 1991, p.107). Sí existe una dimensión inevitable de la historia, que proviene de la acumulación de tecnología. Lo que impide que Wallerstein y otros materialistas históricos lo comprendan es un economicismo que los lleva a: (1) pensar en términos del desarrollo de los medios de producción, olvidando el de los medios de destrucción; (2) percibir la globalización exclusivamente como un producto del capitalismo tardío, en vez de entenderla como un proceso de largo plazo de acumulación tecnológica, que convierte al planeta en una sola unidad en términos de transporte, comunicación y la posibilidad de destrucción.

⁶⁰ Reduccionismo economicista es lo que impide que Wallerstein introduzca el advenimiento de armas de destrucción masiva en su análisis. Este reduccionismo es evidente cuando dice: ‘El sistema-mundial moderno es una economía-mundial capitalista. Esta es una descripción de su estructura formal y de su modo de producción’ (“Typology of Crises in the World -System”, *op. cit.* 1991, p 107). En realidad, el sistema-mundial moderno estaba compuesto por dos subsistemas complementarios: una economía-mundial capitalista y una estructura de seguridad fragmentada, que desde 1945 estuvo crecientemente caracterizada por la existencia y proliferación de armas de destrucción masiva. Parafraseando a Wallerstein y a Marx, esta es una descripción de su estructura formal, su modo de producción y *su modo potencial de destrucción*. Más aún, después del lanzamiento del primer Sputnik en 1957 la Unión Soviética se convirtió en un gigante militar

En este punto de inflexión el sistema-mundial moderno fue reemplazado por el neomoderno, que después del colapso de la Unión Soviética se caracteriza por un modo capitalista de producción, un modo masivo de destrucción y la democratización de los medios de aniquilación a través de su proliferación. Con este acontecer, nos aproximamos al fin de la historia, pero no como imaginó Fukuyama.⁶² El fin de la historia nunca podría ser el desenlace de un choque entre ideologías o sistemas de organización económica. Está vinculado a la globalización de la capacidad de destrucción, y descartando el Apocalipsis, sólo puede ser el resultado de la concentración de un poder interestatal avasallante en una sola cabeza, conducente a la construcción de un Leviatán global. El libro de Fukuyama debió haber sido *El fin de la historia y la última guerra*, porque a pesar de la derrota del comunismo una guerra de grandes proporciones todavía faltaba para asegurar el desenlace. A partir del 11 de septiembre de 2001, sin embargo, ese volumen que aún no se ha escrito debe titularse *El fin de la historia y la guerra justa*.

Esta justa y necesaria guerra, que apenas si ha comenzado, inevitablemente traerá consigo muchas injusticias subordinadas, que serán cometidas por los mismos guerreros que tienen la misión de traer paz y justicia a la humanidad. No obstante, esta no es una traición. Es cierto que en el ámbito de la ética, el gran salto hacia delante del Occidente liberal-secular ha sido el descubrimiento de una ley natural que reconoce ciertos derechos y obligaciones universales, esenciales al individuo humano. Pero esta formulación no es el equivalente de su aplicación universal. Aunque parezca cínico, la distancia entre la negación y el reconocimiento de los derechos humanos universales es mucho mayor que la distancia entre su mero reconocimiento y su cumplimiento en forma consistente.

capaz de destruir al mundo (es decir, claramente parte del “centro” de la estructura de seguridad fragmentada del sistema-mundial), pero no era parte del centro de la economía mundial. Cuando la URSS colapsó, la Federación Rusa ingresó a la economía-mundial como parte de la periferia, pero continuó siendo parte del centro de la estructura de seguridad fragmentada en el sistema-mundial neomoderno.

⁶¹ I. Wallerstein, *op. cit.* 1991, pág. 107.

⁶² A estas ideas las desarrollé originalmente en C. Escudé, “The European Union and Global Security in the Postmodern World-System”, publicado en Ryszard Stemplowski (comp.) *The European Union in the World System Perspective*, Polish Institute of International Affairs, Varsovia 2002; en C. Escudé, “When Security Reigns Supreme: The Postmodern World-System vis-à-vis Globalized Terrorism and Organized Crime”, publicado en R. Stemplowski (comp.), *Transnational Terrorism in the World System Perspective*, Polish Institute of International Affairs, Varsovia 2002; en C. Escudé, “Unia Europejska i globalne bezpieczeństwo w ponowoczesnym świecie”, publicado en *Polski Przegląd Dyplomatyczny*, Vol. 2, N° 1 (5) 2002, y en Карлос Эскуде (Carlos Escudé), “Европейский Союз и глобальная безопасность в мировой системе постсовременности (world-system)”, publicado en *Европа*, Vol. 2 (3), 2002, p. 96-130.

En el caso de una hiperpotencia, la ley natural, tanto en el extranjero como al interior de su sociedad, debe ser respetada cuando ello sea posible sin detrimento de su poder, porque en una era de armas de destrucción masiva la constitución de un soberano universal es un imperativo categórico. Como hubiera argüido Grocio, la prioridad estriba en la supervivencia y el poder para asegurarla. Una potencia hegemónica está destinada a violar sus mandamientos naturales. Lo que importa es comprender que son Mandamientos, y que son naturales.